

## Rambletas

Martín Ortega Carcelén

Cuando quedé solo en Salamanca y sobrevino la enfermedad, decidí retirarme al campo. Las razones por las que mi mujer me abandonó no incumben a nadie más que a nosotros dos. Poco después, cuando trataba de refugiarme en el trabajo o, más bien, en el exceso de trabajo (y en el exceso de juerga) tuve que hacer frente a una grave infección de la sangre. La soledad es un mal terrible pero, cuando se suma a la enfermedad, se convierte en un infierno sobre la tierra. Fue entonces cuando decidí dejarlo todo. Un sentimiento insoportable de fracaso se apoderó de mí. Tenía la sensación de que había equivocado mi vida, mi carrera y muchos de mis pasos anteriores, por lo que necesitaba cambiar. No podía volver atrás el tiempo y recuperar años que formaban parte de la memoria, cada vez más difusa. Lo vivido, vivido estaba. En lugar de atormentarme por decisiones del pasado, debía partir, tomar tiempo y distancia para reflexionar.

Mi hermano había comprado una casa de campo perdida en los límites entre las provincias de Alicante y Murcia, en un paraje llamado Rambletas. Allí el paisaje es áspero y el clima seco, muy distinto de las suaves pendientes salpicadas de encinas de mi Ciudad Rodrigo natal. Allí, las escasas lluvias sólo permiten vivir a unos pinos retorcidos, romeros y tomillos sobre un mar de piedras calizas y atochas. Ese era el entorno adecuado para retirarme y decidir qué hacer con mi vida. Guardé todo el dinero que tenía en el banco, cogí las cosas imprescindibles y las medicinas y me planté en medio del monte sin propósito claro y sin saber cuánto tiempo podía aguantar en ese retiro.

La casa de campo, un tanto achacosa por el paso del tiempo y la falta de cuidados, se encuentra encaramada en un despeñadero, aislada y con vistas sobre dos valles que la gente llama La Cañada y La Buitrera. Al principio pasé días y días solo, sin comunicar con nadie. Había preparado todo lo esencial: galletas, pan seco, aceite, un poco fiambre y latas de verdura y de sardinas. La comida era frugal y sólo bajaba de vez en cuando al pueblo más cercano a comprar algo de fruta, porque deseaba huir de todo lujo y concentrarme en mis pensamientos. Era principios del mes de octubre y no hacía mucho frío todavía.

Un día tras otro pensaba en mi vida, sin llegar a muchas conclusiones. Me asaltaban como fantasmas ideas sobre cómo reorganizar la asesoría financiera que había creado en Salamanca y que tantos beneficios me había reportado, sobre todo aconsejando cómo defraudar dinero a Hacienda. Pero no era eso lo que quería. La crisis que acababa de sufrir había sido tan dolorosa que me hacía volver una y otra vez a la pregunta esencial: ¿qué quiero hacer con mi vida? Está muy bien acumular un patrimonio y, cuando el hastío aprieta, dedicarse a la diversión, pero la muerte había estado a punto de dar al traste con todo. Tras la muerte, mi vida se habría esfumado como un chispazo, sin dejar traza.

En las horas perdidas, comencé a explorar la casa y sus alrededores. Mi hermano había acumulado algunos muebles viejos en un cuarto oscuro, que debía ser un paraíso para los pequeños roedores. Allí encontré las cosas más variopintas, una máquina de coser a pedal, pesadas planchas de ropa, y aperos para cultivar alguna pieza de huerta que se adivinaba, ya comida por la maleza, cerca de la casa. También encontré para mi sorpresa algunos libros en una rara colección que incluía libros religiosos, de ciencias naturales y otros en inglés, todos

ellos de varias décadas de antigüedad. Había asimismo cuadernos de cuartilla como los que usaban los colegiales hace tiempo, garabateados a lápiz. La curiosidad y el exceso de tiempo libre me llevaron a hojear los libros y los cuadernos, hasta que descubrí que, en uno de ellos, los trabajos y tachones de los otros habían sido pasados a limpio en una serie de poesías que podían leerse con dificultad a partir de los trazos manuscritos de lápiz que el tiempo había difuminado.

Las poesías estaban concienzudamente numeradas del uno al cuarenta, y parecían reflejar un diálogo entre un hombre y una mujer en un ambiente ingenuo en medio de la naturaleza. Las números 10 y 11 dicen así:

10

*Los gritos al valle, que han conmovido  
a los viejos nogales, no han vuelto  
con tu eco. El viaje decidido  
y feroz que me arrastra no ha resuelto*

*su camino. ¡Dime dónde, oh pastor,  
reparas a la siesta y qué prados  
frecuentas, que caigo enferma de amor!  
Sigo tu rastro y tus pasos alados*

*pero un raro silencio aumenta  
el vacío...*

*¿Qué artista te ha formado?  
¿qué músico te ha tocado, tormenta?  
Con la lluvia, mi alma se ha derrumbado.*

*¿Hasta cuándo he de buscar tus ojos,  
si ya has probado mi ansia a manojos?*

11

*Al lado de una fuente me detuve  
herido, con un dardo en las entrañas,  
cuando una paloma que vuela y sube  
me alcanzó, y dijo: si las mañas*

*del amor te atan, mira que las lluvias  
ya han terminado, que verdeguean  
los árboles ya, que las hebras rubias  
del sol mañanero el prado olean.*

*Levanté los ojos y te vi, feliz,  
reluciente como la aurora, ancha  
como la luz del sol, fuerza motriz  
de los astros, río o agua sin mancha.*

*Campesina que labra mi fortuna,  
bella, suave, blanca como la luna.*

Como nunca me había interesado por la poesía más allá de las obligaciones escolares y durante el bachiller, ignoraba si estos versos eran de algún mérito. Pero, en la soledad de la montaña, mi interés por el cuaderno fue creciendo, hasta el punto de comenzar a leer y memorizar las poesías día a día.

La soledad se hizo cada vez más dura. Tengo que confesar que aquel retiro estaba acompañado por un odio profundo a las personas. Mi mujer me había abandonado. Por supuesto, yo la engañaba pero la quería también. Pocos de mi familia y menos todavía los amigos se dignaron venir al hospital para interesarse por mi salud, ocupados como estaban con sus trabajos. Así había comprendido que, en realidad, eran amigos de circunstancias. Tras esa decepción, no quería ver a nadie.

Sin embargo, conforme pasaban las semanas, surgió la necesidad de hablar con alguien. Por las mañanas, largas mañanas de otoño, me sentaba a la puerta de la casa para contemplar el paisaje. En el mes de octubre sentía un ligero y fino olor de uva machacada en la última fase de la vendimia. En noviembre, el sol salía más tarde y las mañanas eran frías. Un día, apercibí al fondo del valle un grupo de hombres alrededor de un tractor que realizaban trabajos agrícolas, por lo que decidí dar un largo paseo entre los pinos para saludarles.

La conversación fue agradable, y no tuve inconveniente en echarles una mano para cargar sarmientos recién cortados en el remolque del tractor. Pero lo mejor eran las pausas para descansar y los diálogos, incluido durante el almuerzo, al que me invitaron. Esos hombres dijeron que la casa donde yo vivía había estado ocupada mucho tiempo por una mujer llamada Plácida, sin más, que pasó casi toda su vida sola allí arriba. Era una buena mujer, un pedazo de pan, añadieron.

- ¿Saben ustedes si ella escribía poesía?, pregunté.
- A lo mejor escribía, sí, respondió uno tras encogerse de hombros. Lo que yo sé es que sabía muchas poesías de memoria, de ..., de ..., de un santo de la cruz.
- De San Juan de la Cruz, dijo otro. Dicen que ella quiso que la enterraran con un libro de ese santo. Un pedazo de pan.

Al volver a la casa, busqué libros de San Juan de la Cruz y, como no encontré, bajé enseguida al pueblo para pedirlos en la librería. Tenían sólo una edición moderna de algunas de sus poesías, que era lectura obligada para los estudiantes del último curso del Colegio. En ese libro, por primera vez tuve oportunidad de apreciar la maravilla de esos versos cortos, directos y de una gran perfección. También entendí por qué Plácida, que era sin duda la autora del cuaderno de poesías, había elegido el número de cuarenta, que se corresponde con las estrofas del Cántico Espiritual de San Juan. Y asimismo, en la introducción del libro, descubrí la inspiración que San Juan había encontrado en el Cantar de los Cantares de la Biblia, por lo que me precipité sobre la vieja Biblia que había pertenecido a la poetisa, hecha con páginas de papel de fumar, para disfrutar de ese texto auténtico salido de la noche de los tiempos.

El Cantar de los Cantares y el Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz hablan de dos cosas, del amor y de la naturaleza. Uno fue escrito en Oriente Medio hace dos mil quinientos años y el otro en España hace cuatrocientos, pero ambos podían haber sido compuestos en cualquier lugar del mundo y en cualquier momento de la historia porque amor y naturaleza han existido y existirán siempre. El problema es que no somos capaces de saborearlos. En toda mi vida anterior yo no había sido capaz de experimentar el amor como esas poesías me enseñaban en ese momento. Por primera vez las líneas del Cantar y del Cántico resonaban en mi espíritu desesperado y lo llenaban de consuelo. Las palabras de Plácida se sumaban a las otras para cantar a su forma al amor en el paisaje mediterráneo de Rambletas.

18

*De monte a monte, espacio inmenso  
que llenas el aire, ¿quién te medirá?*

*y ¿quién te dirá? Todo herido y tenso  
mi ser huele tu aliento: ¿qué sentirá?*

*En esta altura miedo da nombrarte.  
Aquí uso nuestro sello privado,  
el que me diste para regalarte,  
mas sin palabras, solo adivinado.*

*Tu voz es el aire cuando me llamas,  
ese aire entre los pinos se está  
tanto tiempo como tú me amas,  
se tiene en los oídos y no se va.*

*Yo me encojo, te escucho y, admirada,  
digo los nombres: amado, amada.*

Estos versos, escondidos en un frágil cuaderno escolar, estaban destinados a ser pasto de roedores o a desaparecer de mil formas. Entonces surgían con una fuerza inaudita ante mi mirada.

25

*Amor, para amarte, vamos a apartar  
las piedras, las trazas de vanidad.  
Siendo ave, las alas quiero dejar,  
si fuera hombre, la segura amistad.*

*Si fuente el agua, del brazo la mano,  
sin los árboles, sólo la arboleda,  
y así, mi pobre espíritu humano.  
Cuerpo, tronco, carne, roca, ¿qué queda?*

*Despojada, más que desnuda, altar,  
la música y la palabra sentida.  
Y si las voces no saben consolar  
resta pura la música querida.*

*Fuera de todo, con daño y sin dolor,  
solo quedas tú viviendo en mí, amor.*

El amor de Plácida, como el de San Juan, se dirigía a un ser querido que se encontraba en todas partes. Además, en otra de sus poesías, la número 34, habla del amor como camino para superar la muerte.

34

*Vagando por esos montes descubrí  
algunos términos equivocados:  
que la muerte no es muerte y que, para ti,  
el tiempo es la valla de los cercados.*

*¿Qué son entonces los años, los días?*

*¡Oh tiempo! ¿dónde te encuentras ahora?  
Los afanes con que mi alma herías  
ha borrado una mano aliviadora.*

*Libre del tiempo, la luz alumbrada,  
la vida y la muerte ahora me explico.  
Tu ciencia me ha sido enseñada  
al amarme y al decirme abónico:*

*Para unirse a mí hay que perderse  
y gustar lo que no puede saberse.*

Fueron unos días eufóricos. La lectura abría mi mente y me daba soluciones que había buscado en vano por otros medios. Seguía sin saber si esos versos merecerían la pena para los expertos, pero, para mí, se habían convertido en la mejor medicina. Arrastrado por la curiosidad, quise indagar sobre la autora de las poesías, por lo que inicié largas caminatas a la búsqueda de la cuadrilla de hombres que me habían informado primero. Los encontré lejos, haciendo otras labores, y les pregunté sin dilación qué más podían decirme de Plácida.

Uno de ellos, el más mayor, conocía medianamente su historia y, para mi desgracia, dijo que ella no había dejado descendencia ni se conocía familia. Sin embargo, contó que, durante la Guerra Civil española, Plácida vivió largas temporadas con un inglés que había venido a luchar en las brigadas internacionales. Cuando, vuelto del frente herido, el inglés supo que iba a morir, pasó sus últimos meses, nadie sabe cuántos, protegido por Plácida y escondido en la casa de Rambletas. Se decía – y esto era sólo un rumor oscuro que el agricultor dudó si confesar – que él debía estar enterrado en algún lugar cercano, el cual, por supuesto, ella nunca desveló.

Ante esas noticias, corrí de vuelta a la casa para mirar los libros. Entonces comprendí la razón de ser de esos viejos libros ingleses que Plácida había guardado celosamente junto a su Biblia y sus cuadernos. Mi inglés no es muy bueno, pero sí suficiente para explorar algunas obras de su escasa biblioteca, donde pronto aprecié la importancia que para ella tenían los sonetos de William Shakespeare. Plácida había cortado una esquina de algunas páginas de ese libro, quizás para volver a ellas fácilmente, y otras parecían arrugadas, como si hubieran estado mojadas, en particular la del soneto 29, que comienza y termina así:

29

*When, in disgrace with fortune and men's eyes,  
I all alone beweep my outcast state  
And trouble deaf heaven with my bootless cries*

.....

*For thy sweet love remember'd such wealth brings  
That then I scorn to change my state with kings.*

Yo no comprendía todo esos textos en inglés arcaico, pero, en cambio, sí pude apreciar de inmediato, y a pesar de mis rudimentarios conocimientos de poesía, que la estructura y la rima de los poemas de Plácida eran iguales que en los sonetos de Shakespeare. Es decir, Plácida había escrito cuarenta poemas inspirada por San Juan de la Cruz, cuyo Canto Espiritual conocía de memoria, y con ese libro se había ido a la tumba. Pero había elegido dar a sus poemas la forma de Shakespeare, a quien ella, seguro, también admiraba. Plácida había declarado la pasión por su amigo inglés en la poesía pero también su amor por la naturaleza, con la que se encontraba en estrecha comunión en su retiro de Rambletas, utilizando esos tres

instrumentos sublimes, el Cantar de los Cantares, el Cántico Espiritual y los sonetos de Shakespeare. Pero ella los había usado a su forma, pues había sabido recrear un amor puro, exento.

La serie de poesías de Plácida no tiene título, pero sí un sentido y un colofón, comenzando por la descripción de los amantes y luego contando su unión, no física, o no sólo física, sino espiritual. Hacia el final de la serie, ella es consciente de su próximo fin, pero también del acceso a la eternidad.

39

*Cuando mi paso ya no sea firme  
y solo pueda andar por las montañas  
con el recuerdo, y antes de partirme  
no vaya a sentir las voces extrañas*

*tan queridas otra vez, yo viviré  
de nuevo nuestro amor en estos versos,  
y en el último invierno regresaré  
a los veranos de tus labios tersos.*

*Viviré eternamente en mi canto  
porque tu me lo has dado. Solo he sido  
la tierra: al insistirme tu tanto,  
los frutos por mi boca han vivido.*

*Habiendo gustado tu pureza  
sé que a la muerte vive la belleza.*

La serie termina con un poema donde algunas líneas son desgraciadamente ilegibles, pues, en ciertos espacios, los trazos a lápiz aparecen borrosos. El dorso de una mano ha querido apartar las lágrimas posadas sobre el papel, no sé si las mías o las de ella.

40

*En esta tarde triste y cansada  
----- el sol al ponerse  
amanece en mi alma confortada.  
-----lizado. Perderse*

*el día y abrirse mi entendimiento  
es todo uno. Desde ahora -----  
----- en tu pensamiento.  
En esta paz infinita aclamo*

*el amor que me has dado, -----  
----- todo es fácil. Me has librado  
del tiempo, de mi cuerpo y del dolor  
y con ----- ellos me has obsequiado.*

*He dicho tu gloria como la hiciste,  
----- el trabajo que me diste.*

